

# “Arraigados en Dios”

## Para leer la Biblia con provecho

Devocional  
Lecturas bíblicas diarias

Traducciones del alemán  
“Zeit mit Gott”

Tema: La unidad de la iglesia y la diversidad de dones –  
Efesios 4:1-16  
(15 días)

**Prohibida la reproducción total o parcial sin la autorización del editor.**  
©Diakonissenmutterhaus Aidlingen



## La unidad de la iglesia y la diversidad de dones – Efesios 4:1-16 (15 días)

Día 1

Ef. 4:1-5; Ro. 12:1.2

Con las palabras “yo pues,...os ruego que andéis...” aclara el apóstol Pablo que después de su “doctrina de la salvación” (cap. 1-3) se dirige ahora a “la doctrina de la vida práctica de la fe” (cap. 4-6). Los discípulos de Jesús tanto en aquel entonces, como también hoy, son exhortados a incluir la riqueza espiritual que les es dada en Cristo, no solamente en sus pensamientos y admiración, sino en su vida práctica. Un creyente debe vivir como corresponde al llamado del discipulado. “...que andéis como es digno de la vocación con que fuisteis llamados.”

Lo que llama la atención es que de esta tarea de toda la vida nunca seremos despedidos y que no somos “solistas”, sino que estamos puestos en la comunidad de la fe.

Somos muy diferentes. Las circunstancias y situaciones de nuestras vidas también son muy distintas. Esto no es solamente enriquecimiento, sino que también significa un gran desafío. Hay muchas razones para vivir individualmente uno al lado del otro, o incluso vivir uno contra el otro. Pero es importante y muy bueno aceptar la ayuda pastoral del apóstol. Él desarrolla de qué manera podemos vivir “dignos” como llamados por Dios, para que Él sea glorificado. (Comp. Col. 1:10-13.)

“Andar dignamente” significa tratar con humildad y mansedumbre a los hermanos de la fe. La humildad y la mansedumbre no tienen nada que ver con el autodesprecio o la autodisminución. “Humildad es una estimación realista y objetiva de uno mismo, que no se eleva encima del otro ni aprovecha las cualidades propias en contra del otro, sino que se acepta con los dones que Dios le otorgó y se involucra en la comunidad cristiana sin dar demasiada importancia a su propia persona” (H.Stadelmann).

Jesús mismo nos dio el ejemplo con Su vida de lo que es humildad y mansedumbre, para que podamos imitarlo. ¿Cuáles situaciones en la vida de Jesús o palabras de Él hablan especialmente de esto? (Lea Lc. 2:41.42.46-51; 22:24-27; Jn. 13:1-5; Mr. 14:60.61; 15:5; Mt. 11:28.29.)

Día 2

Ef. 4:1-5; 1.Co. 13:1-3

“Andar como es digno” significa aceptarse unos a otros con paciencia, amor y vez tras vez animarse a comenzar el camino en unidad de nuevo. Necesitamos en forma especial longanimidad cuando las debilidades y faltas humanas ponen a prueba duramente la armonía en la comunidad. ¿Cómo será posible soportarse con longanimidad (paciencia)? Podemos hacernos esta pregunta al pensar en personas complicadas, aflicciones personales y cuestiones complicadas en nuestro ambiente. Pablo responde con cuidado pastoral al mencionar la unidad entre la longanimidad, la paciencia y el amor (agape) de Dios. En este sentido se refiere a un amor que ama al otro no por sus privilegios, dones o grandes logros. El amor de Dios es un amor que no queda paralizado por las faltas y equivocaciones del prójimo, sino que se preocupa cuidadosamente para guardar la unidad en el Señor Jesucristo. (Comp. Col. 3:12-14.)

Ninguna otra cosa es tan atacada como la unidad de los discípulos de Jesucristo. Si se rompe, ¿no es acaso porque faltó el amor agape? Las características de este amor las

encontramos en 1.Co. 13:4-8. Donde gobierna el amor de Dios, gobierna también Su paz. Por medio de ella los discípulos del Señor están sujetos como con una cinta. “Y la paz de Dios gobierne en vuestros corazones, a la que asimismo fuisteis llamados en un solo cuerpo; y sed agradecidos” (Col. 3:15; comp. 1.Co. 12:25; Ro. 12:18). Si el pacto de paz con Dios gobierna en nuestros corazones, aprenderemos a vencer las exigencias de nuestro viejo ego, para poder desarrollar la unidad en Cristo y quitar falsas uniones. Hoy me pregunto: ¿Cuáles consecuencias tiene el pacto de paz con Dios en mi vida y en las relaciones con mis hermanos en la fe?

Día 3

Ef. 4:1-6; Ro. 12:5

Después de exhortar a los receptores de su carta a mantener la unidad que da el Espíritu Santo, Pablo demuestra ahora la unidad cristiana en tres “acordes” que armonizan:

- *un cuerpo, un espíritu, una esperanza*

La iglesia de Jesús se puede apreciar y conocer como un cuerpo. Por eso es muy importante lo que demuestra hacia afuera. Tenemos que permitir el cuestionamiento si nuestros semejantes reconocen que Jesús, nuestra cabeza, nos otorgó la unidad fraternal. “...porque el amor de Dios ha sido derramado en nuestros corazones por el Espíritu Santo que nos fue dado” (Ro. 5:5b).

La unidad entre unos y otros se desarrollará cuando cada uno aprenda a vivir con humildad y sinceridad en el amor del Señor Jesucristo. (Lea 1.Co. 12:25-27.) Jesús sabe muy bien que esto no es fácil y que muchas veces fracasamos. ¿Será por eso que Él oró con tanta insistencia por la unidad de los Suyos? (Lea Jn. 17:9-11.21.22.)

¿Nos damos cuenta que la unidad de la Iglesia es un reflejo del trino Dios? El amor que une a Dios el Padre, al Hijo y al Espíritu Santo es el mismo que vive y actúa también en los Suyos, en el cuerpo de Su iglesia. En esto se refiere a la unión y comunión de todos los creyentes. Los creyentes judíos y los creyentes de entre los gentiles están inseparablemente unidos desde el derramamiento del Espíritu Santo en Pentecostés. Ellos son “uno en Cristo”. Por eso no existe una unidad a cualquier precio: “El clima religioso en aquel entonces, también en la provincia de Asia, era dominado de una fuerte tendencia de mezclar las religiones. Por el contrario la fe cristiana no deja abierto muchos caminos. Existe solo una verdad, no muchas. Hay una realidad de salvación que confiesa la iglesia y ese es su fundamento y vínculo de unión” (H.Stadelmann).

Día 4

Ef. 4:4; Col. 1:27

Al primer tritono pertenece la animadora certeza que los creyentes no son personas sin esperanza. En cap. 2:12 recuerda Pablo a los creyentes en Efeso que antes eran personas sin Dios y sin esperanza. Esta realidad no cambió hasta hoy, pero en la relación con Jesús encontramos esperanza y ánimo. (Lea Ef. 1:18; 1.P. 1:3.)

Tenemos una esperanza que no se limita a este tiempo, sino que alcanza más allá de la muerte, a la eternidad. Todavía estamos en el camino, pero nuestro buen Señor nos llevará a la meta. En una interpretación de las Escrituras dice: “Para mucha gente en nuestro tiempo, lo mas deprimente es que no le ven sentido a su vida, ni tienen esperanza. ¿Por qué, para qué todo esto? ¡No hay sentido ninguno! Ellos dicen: Yo ya no espero nada de la vida. - Nosotros, en cambio, esperamos a Jesús.”

Él prometió que volvería. ¿Qué implica esta esperanza para nuestra vida personal y en comunión con otros? Aquel que espera la venida del Señor Jesús tiene cuidado de mantenerse limpio de pecado. (Lea 1.Jn. 3:3; 1.Ts. 5:23; 2.Co. 7:1.) ¿Cómo es posible mantenerse lejos del pecado? El apóstol Pablo lo menciona varias veces: 1.Ti. 6:20; 2.Ti. 2:16-26. “Y el Dios de esperanza os llene de todo gozo y paz en el creer, para que abundéis en esperanza por el poder del Espíritu Santo” (Ro. 15:13).

“Un creyente alegre y lleno de esperanza es un buen testimonio de su fe. Como cuando está ud. delante de la vidriera de un negocio para ver y conocer lo que se puede comprar allí, así le mira la gente, para ver lo que hay en lo profundo de su corazón” (C.H.Spurgeon).

Día 5

Ef. 4:5; 1.Co. 8:5.6

- *un Señor, una fe, un bautismo*

El único Señor es Jesucristo. Los creyentes en Efeso vivían la realidad de que también el César romano se jactaba de ser como dios y señor. Sin embargo ellos sabían y reconocían: aunque en el mundo existan muchos señores y dioses, nosotros tenemos solo un Dios, el Padre y un Señor, Jesucristo. (Vea 1.Co. 12:3.13.)

Tener un Señor significa, por ejemplo, que un creyente ya no es su propio señor, ya no debe ser dominado por el “ego” y sus propios intereses. Esta es una decisión que se debe tomar de corazón y sin rodeos. “¡Elijan hoy a quien quieren servir!” Josué, el sucesor de Moisés era un buen ejemplo para los israelitas: “Pero yo”, serviré al Señor. (Lea Jos. 24:15-18.22-24.) Quizás deberíamos hoy decir también este “pero yo”, testificar en el trabajo a quien pertenecemos, ponernos del lado del Señor, ocuparnos por los valores cristianos...

¿De dónde recibiremos valor para servir al Señor? De la única fe en el único Señor. Esta fe es la única que salva, la que se basa en una relación con Jesús en confianza y fidelidad. Para esto el bautismo es una señal visible. En Ro. 6:3.4 Pablo muestra la importancia del significado y no de la forma del bautismo. El bautismo testifica la “más íntima comunión con Cristo: participamos espiritualmente de Su muerte y Su resurrección. Hemos sido sepultados con Él por el bautismo, para que como Cristo resucitó de los muertos por la gloria del Padre, nosotros también andemos en una manera nueva de vivir” (L.Albrecht). (Lea Ro. 6:6-12.)

Día 6

Ef. 4:6; Dt. 4:35

- *un Dios y Padre de todos, el cual es sobre todos, y por todos y en todos*

Aquí también le importa al apóstol mostrar a los jóvenes creyentes de las iglesias de Asia Menor lo que promueve la unidad. Él les muestra los aspectos que los unen y no lo que los separan. Dios, nuestro Padre, gobierna sobre todo, actúa a través de todos y mora en todos. Esta realidad nos ayuda a poner la mirada en el Padre celestial y ver Su persona, Su carácter, Su forma de obrar y entonces pensar juntos de qué manera quiere Él que se manifieste su gobierno, tanto en nuestras vidas personales como en la comunidad.

Cuánta discordia y contiendas se podrían superar y cuántas fiestas de reconciliación se podrían celebrar, si permitiéramos el obrar de Dios en nuestras vidas.

Él quiere renovar nuestra manera de pensar. Entonces será posible no envidiar, criticar o despreciar a nuestro prójimo, sino que podremos valorarlo de la misma forma que hemos recibido de nuestro Padre celestial. Dios nos dice: “A mis ojos fuiste de gran estima,... y yo

te amé” (Is. 43:4). Entonces nos aceptaremos mutuamente y estimaremos nuestras diferencias como enriquecimiento. El Dios que vive en mí, no es mayor o mejor que el Dios que vive en mis hermanos en la fe. (Lea 1.Jn. 4:12.16.19.20.)

Pablo quiere poner en relieve que la unidad no se anula por la diversidad. “La iglesia es una unidad porque es la iglesia del único Dios. Pero al mismo tiempo es una multiplicidad, porque Dios es Dios para muchos, el Dios de todos. La variedad que los distintos miembros de la iglesia tienen como personas diferentes, llega a ser la unidad en la diversidad” (F.Rienecker). (Comp. Ro. 12:3-6.)

Día 7

Ef. 4:7-10; 1.P. 4:10

La unidad de la iglesia originada por el Espíritu Santo no es una contradicción respecto a la diversidad de dones. Dios le dio a cada uno por lo menos un don. ¡Qué variedad de dones hay en nuestras congregaciones y comunidades! Justamente por eso la unidad se presenta “multicolor” y hermosa. El Señor no quería que Su iglesia fuera una masa uniforme y sin variedades. Cada uno tiene su rostro, su aspecto, su don. (Comp. Hch. 9:36.39-42.)

Cada don es un regalo puro de Dios. No se puede ganar por precio o servicio. Pero sí debemos servir, cada uno con su don recibido. Pues cada uno de nosotros ha recibido una parte de los dones a una medida propia y personal, que Cristo ha repartido en Su gracia. Para el crecimiento de la iglesia es importante que cada uno reconozca su don y tarea y los ponga al servicio de toda la comunidad. (Lea Ro. 12:6-8.)

“Cada miembro por más pequeño o débil que fuere tiene su don y su tarea. Nadie se debe retirar. Cada miembro en particular es dotado y preparado como corresponde a la medida del don de Cristo, quiere decir que cada creyente personalmente es dotado no para su propio beneficio, sino en primer lugar y ante todo teniendo en cuenta la totalidad del cuerpo” (F.Rienecker).

En los versículos 8-10 Pablo aclara de qué manera es posible que Cristo reparta dones. Antes de que uno pueda repartir algo, se tiene que recibir. El apóstol menciona el Salmo 68. Ahí Dios es adorado como Rey y Vencedor y que por haber ganado la victoria tiene el derecho de repartir regalos a aquellos que le pertenecen. El regalo de Dios a la iglesia y a este mundo son las personas favorecidas y enriquecidas por Él.

Día 8

Ef. 4:9.10

Para entender mejor estos versículos nos puede ayudar lo que el pastor Erich Lubahn (1923-2005) llama “pensamiento hebreo”: “Cada cristiano consciente aspira a entender la Biblia en su comprensión auténtica. Para esto el “pensamiento hebreo”, que aprendí de mi apreciado maestro y profesor Otto Michel, puede ser de gran ayuda. Otto Michel (1903-1993) diferenciaba el pensamiento abstracto acerca de Dios, como lo enseña especialmente la filosofía griega, de la manera de pensar realista de la Biblia, que él denominaba ‘pensamiento hebreo’”. La Biblia testimonia en muchas ocasiones que las revelaciones de Dios aceptadas con fe por los receptores, transformaron la vida de los involucrados. (por ejemplo Gn. 12:1-4; Is. 6:1-8; Hch.8:4-8.26-40.) “Es, pues, la fe la certeza de lo que se espera, la convicción de lo que no se ve” (He. 11:1). El cristiano que piensa “hebreo” se orienta en la revelación, en la viva Palabra y en el obrar de Dios en la historia. Por eso

preguntamos al leer la Biblia: ¿Qué pasó en aquel entonces? ¿Cómo reaccionaron los receptores originales con la Palabra de Dios? ¿Qué nos quiere decir Dios hoy para nuestra vida? Propuesta: Utilicemos estas preguntas con las últimas citas mencionadas.

“Según el pensamiento hebreo la humillación de Dios es la condición para la exaltación del hombre (Fil. 2:5ss). Esto es un principio pedagógico. El que quiere enseñar a otro, debe ponerse a la altura de la comprensión del otro. Así se humilló Dios en Su palabra y en Su Hijo Jesucristo. La meta de la humillación de Dios es devolver al hombre su dignidad de ser imagen de Dios, que había perdido por la caída en pecado. Dios busca a personas que descubran y acepten esto por la fe en su gracia” (E. Lubahn).

Día 9

Ef. 4:7-13; Fil. 2:9-11

Pablo, como “hebreo de hebreos” (Fil. 3:5), en sus cartas a los creyentes no judíos, que se habían educado y formado según la cultura griega, esperó que ellos entendiesen cuestiones demasiado difíciles para entender. Pero si miramos nuestro texto según el “pensamiento hebreo” ya mencionado, descubrimos cuatro puntos claves:

- Reconocemos a Dios a través de sus hechos. Él obra en la historia. ¿En cuáles versículos encontramos esto?
- Pensamos en lo que Dios había hecho en el pasado y lo que hará en el futuro. Aquí podemos meditar especialmente en los versículos 8-10.12.13. (Comp. Sal. 105:1-3.5; Ez. 36:26-29a.) Reflexionemos: ¿Qué obras pasadas de Dios quiero recordar con agradecimiento? ¿Cuáles son las promesas que el Señor ya ha cumplido? ¿Cuáles cumplimientos espero aún? ¿Qué me protege del desánimo, cuando aparentemente no pasa nada? Yo puedo con fe aferrarme a: “Jesucristo es el mismo ayer, y hoy, y por los siglos” (He. 13:8).
- Reconocemos nuevamente en los versículos 8-10, la relación entre el mundo visible y el invisible. (Comp. Hch. 1:8-11.)
- El Señor actúa a favor de los hombres. Él les entrega regalos. “Los dones para el servicio como también el servicio mismo no fueron dados por los hombres, sino son “préstamo” dado a nosotros de parte de aquel que ha aprisionado a los poderes satánicos y los ha vencido” (O.Fuhrmann). El fundamento es la victoria de Jesús sobre el infierno, la muerte y el diablo. “...despojando a los principados y a las potestades, los exhibió públicamente, triunfando sobre ellos en la cruz” (Col. 2:15). Por eso los dones son regalos de Dios buenos y edificantes que se deben desarrollar en la iglesia completamente. (Lea 1.Ti. 4:14-16; 2.Ti. 1:6.7; 1.P. 4:10.)

Día 10

Ef. 4:11-16

Relacionando el versículo 11 con el 7 y 8 y también con cap. 1:22 leemos acerca de cuatro dones extraordinarios que Dios dio. El don principal es nuestro Señor Jesucristo. Junto con Él recibimos su inmerecida gracia y muchos dones por gracia. Dios otorga como regalo a Su iglesia diferentes personas que se ocupan de un ministerio encargado. Pensemos:

- debemos estar agradecidos por estas personas, atender lo que dicen, valorarlas y

reconocerlas. (Lea 1.Ts. 5:12.13.) Por otro lado esta manera de pensar deben también tener aquellos que ministran: “Apacenta la grey de Dios que está entre vosotros, cuidando de ella, no por fuerza, sino voluntariamente; no por ganancia deshonestas, sino con ánimo pronto; no como teniendo señorío sobre los que están a vuestro cuidado, sino siendo ejemplos de la grey... Igualmente, jóvenes, estad sujetos a los ancianos; y todos, sumisos unos a otros, revestidos de humildad; porque Dios resiste a los soberbios, y da gracia a los humildes” (1.P. 5:1-5).

- podemos pedirle a Dios sus dones y también por colaboradores y líderes, incluso lo debemos hacer. (Lea Hch. 1:21-26; 13:1-5.) De este modo manifestamos que no somos nosotros los “actores”, sino que estamos dependientes de la guía y de los dones de Dios. “Un don del Señor resucitado para la iglesia son los apóstoles. No es mera coincidencia que se los menciona primero. El apostolado es singular e irrepetible: Era la tarea de los apóstoles cuidar bajo la dirección del Espíritu Santo todas las palabras del Señor Jesús y enseñarlas” (H.Stadelmann; comp. Mt. 28:20). De Jn.16:13 deducimos que los testigos oculares de la resurrección habrán tenido otras “revelaciones” por el Espíritu de Dios. Así se formó el fundamento de la doctrina neotestamentaria, que más tarde fue asentada por escrito (2.Ti. 3:15.16; lea Ef. 2:20; 1.Co.2:9-13).

Día 11

Ef. 4:11; Hch. 8:1.4-8

Junto al ministerio de los apóstoles está el de los “profetas”. Las iglesias del tiempo apostólico no tenían el Nuevo Testamento. Ellas fueron instituidas por la predicación del evangelio y en el mejor de los casos tenían una u otra copia de alguna epístola apostólica. Para un sano crecimiento espiritual necesitaban en muchos casos instrucciones por palabras proféticas. “El que profetiza habla a los hombres para edificación, exhortación y consolación” (1.Co.14:3; comp. Pr.29:18). La profecía es la predicación de la Palabra de Dios aprobada por el Espíritu Santo, que por el cuidado pastoral apunta al crecimiento espiritual de la iglesia.

¿Qué sería de una iglesia local o en cualquier parte del mundo, sin el ministerio de los “evangelistas”? Ciertamente es que cada creyente tiene una gran responsabilidad misionera. Sin embargo la iglesia necesita “evangelistas”, que en forma especial puedan anunciar el evangelio del perdón y amor de Dios a aquellos que aun no han creído en Jesús. Nos acordamos que Pablo encargó al joven Timoteo hacer la obra evangelística. También el diácono Felipe estaba ocupado como evangelista. (Vea 2.Ti. 4:5; Hch. 8:40; 21:8.)

Si se administra en una iglesia solamente lo existente, sin haber evangelistas que lleven el evangelio hacia afuera, no debemos asombrarnos de que la vida de esa iglesia se paralice y ella con el correr del tiempo se muera.

Satanás el príncipe de este mundo tiene mucho interés en luchar en contra del ministerio de evangelización, incluso destruirlo. Por todos los medios intenta evitar que personas lleguen al conocimiento de la verdad. Por eso el ministerio de evangelización está muy atacado y necesita el apoyo de la iglesia y de los creyentes. (Lea Ef. 6:18.19; Col. 4:2-4.)

Día 12

Ef. 4:11; Ez. 34:11-16

Como autor de Su iglesia Dios cuida en forma maravillosa que los creyentes reciban aquello que necesitan para que el Señor sea glorificado y que contribuya para el buen crecimiento de la iglesia. El cuarto don motivador para la vida de la iglesia son “los pastores y maestros”. Con este concepto doble se describe un grupo de ministros, no dos diferentes. Los “pastores y maestros” ejercían el liderazgo espiritual de la iglesia local. En que medida ellos son un don del Señor para Su iglesia, se aprecia en sus tareas: Ellos trabajan en la iglesia, lideran, ejercen el cuidado pastoral (1.Ts. 5:12); ellos convencen a los equivocados con la sana doctrina (Tit. 1:9); ellos velan con responsabilidad sobre las almas de los miembros de su iglesia (He. 13:17).

Como un pastor apacienta su rebaño, así guían, protejan y cuidan ellos a la iglesia. El cuidado pastoral y la enseñanza se unen en el ministerio del liderazgo de la iglesia. Así como el pastoreo es irrenunciable, de la misma forma la manera de ser del pastor lo es. Un real “pastor” ama a Jesús, el “buen pastor” y se deja instruir y servir por su “Obispo pastor”. (Lea Jn. 13:6-8; 21:15-17.) ¿Cómo será posible que pastores que no acepten corrección, puedan corregir a otros? Leamos una vez más 1.P.5:1-5 y comparemos estos versículos con Hch. 20:28-36. ¿De qué manera se reconoce la forma de pensar espiritual de un pastor real?

Hemos visto: Cristo regala dones a Su iglesia y le provee líderes capacitados. Pero no para hacer una separación entre los ministros capacitados y los laicos incapacitados. El Señor otorgó a cada uno dones. Ellos son iguales en su valor delante de Dios. Pero cada uno sirva con el don que ha recibido del Señor (1.P. 4:10). Por esto yo llevo la responsabilidad. No debo rehuir a ella. De este modo cada uno contribuye para la unidad de la iglesia.

Día 13

Ef. 4:12.13

Nos preguntamos: ¿Qué debe acontecer a través de los dones de Dios en Su iglesia? Pablo pinta un cuadro sorprendente de los portadores de los dones y sus tareas. Según el texto nos damos cuenta que ellos están contribuyendo con la edificación de la iglesia, pero en realidad su mayor tarea consiste en motivar y capacitar a los creyentes para que sean colaboradores. Así cada uno de los que pertenecen a Jesucristo es responsable por el crecimiento del cuerpo de Cristo. ¿Nos dejamos motivar también para colaborar? ¿Estamos dispuestos a colaborar en forma servicial, o rehuimos? ¿Queremos que otros nos sirvan, e incluso después los criticamos? No puede ser que nuestra vida cristiana se limite a que vayamos a los cultos en la iglesia o a las células caseras, que cantemos, oremos, escuchemos la Palabra de Dios y meditemos en ella, y nada más. Dios nos ha llamado al servicio. (Lea 1.Ts. 1:9.10; 2.Co. 6:1.) “Hijo de Dios, ¡no vivas para ti mismo! Tú eres un miembro del cuerpo de Cristo y has sido llamado a colaborar, según la medida de gracia que te fue dada. Tú también eres responsable por la edificación del cuerpo de Cristo. El lugar tuyo, te lo mostrará el Señor mismo... Por eso es importante que estés quieto para que Él te lo muestre” (O. Fuhrmann).

Quizás está usted titubeando para involucrarse comprometidamente en la iglesia. Sean los que fueren los motivos, el Señor hoy puede darle ánimo para un comienzo. Ponga su confianza totalmente en Jesús. Él le dignifica para ser Su colaborador. Poniendo la mirada en Él podemos dejar atrás obstáculos, temores, negligencia, intimidación y atrevernos a la “colaboración”. (Comp. Neh. 2:17.18; 3:1-32; 6:15.16.)

Día 14

Ef. 4:12-13

Aparte de la unidad que debe ser fortalecida por el esfuerzo de los múltiples dones, habla el apóstol Pablo de otra meta más. En la edificación de la iglesia es cuestión fundamental que no se movilice solamente el conjunto, sino que cada uno en particular sea activado. Cada cual debe ser apoyado en su propia maduración espiritual. Pero esto no se refiere a "...una piedad orientada a las experiencias, o sentimientos religiosos más fuertes. Para Pablo la maduración tiene que ver con el contenido de la fe" (H.Stadelmann). El que llegó a una estatura de madurez, ha dejado las cuestiones de la niñez. (Comp. He. 5:12-14; 1.Co. 13:11; 14:20.)

"Lo más importante es una transformación. Un cambio en el cual cuanto más nos acercamos a la identidad en Cristo, menos nos dejamos influenciar por el sistema y pensamiento del mundo. En este proceso vamos creciendo en nuestra nueva identidad de hijos de Dios, como Sus hijas e hijos. La meta es: una fe madura, una relación personal y confidencial con Dios. Una vida en la que la fe, la manera de pensar, de actuar y de sentir colaboren juntos y no contrarios. Una vida en la que Dios esté en el centro, y que por eso lleguemos al propósito y el pleno desarrollo de nuestra propia personalidad" (R.Werner).

El cumplimiento total terminará cuando estemos en la presencia de Cristo, en Su mundo. (Lea 1.Co. 13:12.) Ahora estamos en el camino hacia esta meta preciosa. Hay puntos de orientación que nos ayudan a no salirnos de la huella: Anda paso a paso siguiendo a Jesús, pon atención a Su voz, haz lo que Él te dice. Ten en cuenta también los compañeros del camino. Tratalos con sinceridad y amabilidad. Finalmente: No te desanimés, cuando hay piedras en el camino y la senda fuere muy ascendente. "... gozosos en la esperanza; sufridos en la tribulación; constantes en la oración" (Ro. 12:12).

Día 15

Ef. 4:14-16

Niños en la fe son para Pablo aquellos que no conocen aún las bases de la fe cristiana. Creyentes maduros en cambio están fundamentados en la Palabra de Dios. Ellos están firmes como un árbol bien arraigado, que extiende sus raíces hacia el agua. Por consiguiente, no nos dejemos influenciar o intimidar de cualquier opinión o doctrina, ni tampoco impresionar por astutas manipulaciones que nos quieren engañar. En cambio aferrémonos a la verdad en amor y a parecemos cada vez más a Cristo que es la cabeza de Su cuerpo, que es la iglesia. Solo el estar agarrado fuertemente del fundamento de la Palabra de Dios nos guarda de los engaños de los hombres. (Comp. 2.Co. 4:2; 1.Ts. 2:3.4; 2.Ti. 2:15.)

En este camino experimentaremos un crecimiento hacia Cristo, tanto en lo particular como también en la comunidad. Esto será manifiesto por un creciente amor a Jesús y también un aumento en el amor al prójimo. El amor es el medio de cultivo del crecimiento, podemos amar a Dios por una entrega incondicional a Él. (Comp. Lv. 19:18; Dt. 6:5; Ro. 6:13.)

¿Pero que hacemos, si alguien se desanimó por completo y ya no quiere seguir adelante? ¿Qué hacer si alguien se cansó y se siente muy sólo? Entonces se expone la realidad de que Cristo nos ha puesto en una comunidad y que Él ora por la unidad. Uno debe sostener, apoyar y levantar al prójimo. (Lea Fil. 2:1-5.)

¿Qué hacemos si un creyente ha caído en un pecado con consecuencias públicas? Entonces se necesita un hermano guiado y autorizado por el Espíritu Santo que le hable con verdad y amor. Este le ayudará con toda humildad a poner su mirada en el Señor Jesucristo, el Salvador y Redentor. Él es mayor que el pecado, pues Él ha quebrado el poder del pecado y todo lo que oprima a permanecer en costumbres pecaminosas. (Lea Ef. 1:7; 1.Co. 1:30; 15:57.)